

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 23 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
de la monísima estrella americana

BEBÉ DANIELS

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barbará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAQUER MOÑERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 190

25 cénts.



LA NEGATIVA

por Claire Windsor

y William Haines

de Catalunya

HENLEY, Hobart

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423. A
BARCELONA



AÑO IV

N.º 190

(THE DENIAL, 1925)

LA NEGATIVA

Sentimental producción cinematográfica,
adaptación del drama de Lewis Beach,

"A SQUARS PEG"

REPARTO

Mildred.	CLAIRE WINDSOR
Arturo.	BERT ROACH
Luis.	WILLIAM HAINES
Dorotea.	LUCILLE RICKSEN
Roberto.	ROBERT AGNEW
Renata.	EMILY FITZROY
Eufrasia.	VIVIA OGDEN
Jaime Huckins	EDWARD CONNELLY
Eugenio.	WILLIAM EUGENE
Rosa.	ESTELLE CLARK

METRO GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de

METRO GOLDWYN CORPORATION

Rambla de Catalunya, 122 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal - fotografía de
WARNER BAXTER

8-11-26 Soja



LA NEGATIVA

Argumento de la película

—¡Cielo mío! ¡Cachito de mi alma!

—¡Ay, mi bien!

—¿Me quieres mucho, mucho, mucho?

—Más todavía.

—Pues oye... Antes dime que me contestarás favorablemente.

—Pero... ¿de qué vas a hablarme?

—Es muy serio lo que tengo que decirte... Sin embargo, si es verdad que me amas como tú dices... pues la cosa se arregla en seguida.

—¿Qué es ello? Anda, suelta ya el secreto.

—¡Casémonos antes de que yo me vaya!

—¡Casarnos! ¿Tú quieres casarte ahora?... ¡Oh, Roberto, no pensé que me adorases tanto!

—Si desde que te conozco no pienso más que en eso. Y esos asuntos, cuanto antes resueltos, mejor. ¿De modo que qué me contestas?

—¿Y me lo preguntas? Si desde que yo llegué a convencerme de que te amo no deseo otra cosa que verme unida a ti delante del pastor.

—¿Aceptas, tesoro mío?

—¡Acepto, sí, Roberto de mi corazón! ¡Ay, qué felices vamos a ser!

—¡Sí, Dorotea, luz de mis ojos, vida de mi vida, nos moriremos de tanta felicidad! ¡Corramos en pos de la dicha! No hay minuto que perder. ¿Vamos?

—¿A dónde, Roberto?

—¡A casarnos!

—¡Oh! Espera... Hemos de hablar antes con mamá.

—¡Caramba! Es cierto... Se me había olvidado que tú eres una niña muy obediente, y que en todos tus actos recabas el "conforme" de mamá. Y bien sabes que ese cariño y respeto que demuestras a la que hizo de ti la linda mujercita que hoy eres, me agrada.

—¡Mamá es tan buena, Robertito!

—Nada, nada... Vamos a ver a mamá. Pero antes...

Roberto y Dorotea enmudecieron...

No les interrumpamos y hablemos un poco de ellos.

Roberto pertenecía al ejército americano a la sazón. Era un muchacho noble, valeroso y audaz. En alas de su brillante juventud, creía franqueables todos los obstáculos. Cuando se enamoró de Dorotea, se dijo: "Esta ha de ser mi mujer", y ya lo han visto ustedes: la palabra casamiento estaba sobre la mesa. Una pequeña sesión con la mamá... y a ver al pastor.

Dorotea, esplendorosa y delicada flor de primavera, se fijó en lo que los ojos de Roberto le decían la primera vez que sus labios le hablaron de su belleza, y desde entonces no había en el mundo para ella nada mejor que su novio.

Amparados por su mutua ilusión, iban a ser una pareja ideal, modelo, como se encuentran pocas...

Y aquí cesa el comentario: los palominos vuelven a la realidad; después de imitar a los cantores moradores de los árboles.

Roberto, que no cabía en la piel de tanta dicha, cogió a Dorotea en sus brazos, y como si llevase en ellos un juguete de poco peso, se presentó ante la mamá, a quien sorprendió sobremanera ese modo de transporte.

Mildred de Ryan, la aludida señora, no podía negar que su alma atesoraba ternuras sin límite. Su rostro en que las arrugas, prematuras en su mayoría, oscurecían el brillo de una belleza que fué,

tenía esa expresión dulce de las mujeres que se han impuesto como obligación en la vida, vivir para la felicidad de los suyos.

Por esa razón Roberto no temía a la señora de Ryan; y por lo mismo no hizo "aparearse" a Dorotea de sus nervudos brazos hasta poco después.

Y ante la suspensión de su madre, Dorotea, tranquila y confiada, dijo con alborozo:

—Roberto quiere hablar contigo, mamita... ¿verdad, Roberto?

—Sí, señora —repuso el enamorado rápidamente—. Venimos a que nos dé usted su bendición y el permiso para casarnos... ¿no es eso, Dorotea?

La señora de Ryan trató de sonreír, mas no pudo, y mirando compasiva y cariñosamente a los dos muchachos, dióles a entender que no participaba de su entusiasmo.

Dorotea, impulsiva y vehemente, ayudó a Roberto a vencer:

—Mamá, yo le quiero muchísimo.

La mamá volvió la cabeza en sentido negativo con mucha calma, y confirmó su gesto con palabras convincentes:

—Ambos sois demasiado jóvenes, hijos míos, y no puedo consentir que os caséis todavía.

La respuesta dejó helados a los novios. Dorotea quedóse mirando a su madre, pareciéndole que no era ella la que acababa de darle aquel disgusto. Roberto, que no admitía que no era ya todo un hombre, subió de tono, y para no decirle algo desagradable a la que mandaba en su novia, marchóse visiblemente enojado.

Dorotea se acercó con la vista fija en el suelo a su madre, y, como un reproche por lo que acababa de hacer, le dijo:

—Tú nunca me has dicho que no, mamáita. ¿Es que no te gusta mi novio?

—No es eso, hija mía. Lo único que deseo es tu bien... Eres todavía muy niña...

Lo cierto era que en Mildred el egoísmo de conservar a su hija, su alegría, luchaba con sus sen-

timientos de ser responsable de la dicha de otro.

Dorotea amaba y el obstáculo que su madre le oponía para que ese amor no alcanzara el rápido final que ella y Roberto deseaban, antojósele muy injusto, y protestó.

—Si mi abuela se hubiese opuesto a que te casa-



—Roberto quiere hablar contigo, mamita...

ras con el hombre que amabas, sabrías lo que yo siento ahora.

Mildred no acertó a articular palabra ante el insólito desplante de su hija, que se alejó de su lado hacia su cuarto para desatar en él su enfado sin oposición de nadie.

El semblante de Mildred se había ensombrecido. Había brotado en su mente el recuerdo de lo que fué.

¡Si su madre se hubiese opuesto a que se casara con el hombre que amaba...!—habíale dicho Doro-tea.



—*Mamá, yo le quiero muchísimo,*

Estas palabras despertaron en el alma de la admirable mujer lejanos y dolorosos hechos.

¡Oh! ¡Qué horrible ha de ser para una madre perder el cariño de un hijo!

Mildred estaba turbada. Tuvo deseos de correr al lado de su hija, estrecharla con frenesí junto a su corazón, y decirle que por todo pasaría a con-

dición de conservar sus caricias, su confianza, su consuelo...

Pero la remembranza de lo pasado sumióla en profundo ensimismamiento, y revivió días muy felices envueltos en la más atroz de las amarguras.

Allá en su juventud, ilusionada como toda doncella que presiente que su personita ha gustado a un hombre, Mildred contaba los minutos que la separaban de un muchacho muy apuesto y cariñoso que acechaba la menor ocasión de verla en la calle, para acompañarla y decirle algunas palabras dulces que sonaban a gloria en los oídos de ella.

Esos ratos, siempre excesivamente cortos, de amable plática con el galán, eran los mejores que recordaba.

Porque el hogar de Mildred era algo análogo a una cárcel, toda vez que la libertad de los seres que en él se cobijaban vivían bajo la vigilancia y la autoridad de un jefe supremo, irrevocable en sus decisiones. Este era la intransigente madre, doña Renata de Huckins.

Al casar con Jaime Huckins, doña Renata echó de ver que su marido era muy pacífico, y se calzó los pantalones, convirtiéndose en lo que jamás una mujer debe pensar si quiere que haya ideal, fuego de amor, ilusión y alegría en el nido del que ella forma parte: el tirano de la familia.

Otro modelo de mujer era la hermana de doña Renata, la solterona Eufrasia, con una lengua capaz de aniquilar a medio mundo y dejar para el arrastre a la otra mitad. Hacía nueve años que se había metido en la casa... so pretexto de quedarse en ella un par de semanas solamente.

Las dos hermanas discrepaban de carácter, y lo que a la una le parecía de perlas, a la otra le producía poco menos que náuseas. Se herían con palabras a falta de ir a la greña, pues una y otra tenían interés en conservar sus respectivas cabelleras.

Eufrasia, sin otro quehacer que murmurar de los demás, se metía con Mildred, cual si la sobrina no le hubiese caído en gracia. Y doña Renata, ya

de sí maliciosa, redoblaba su opresión, para sujetar las riendas de los que estaban bajo su dominio.

Algunas veces, doña Renata no daba oídas a las críticas de su hermana, pero era tal la forma mordaz con que la solterona soltaba sus consejos, que había de hacerle caso, por lo que pudiera haber de cierto en ellos.

En resumen, la "vieja señorita" era el complemento del horrible carácter de doña Renata; pero un complemento más perverso todavía, pues añadía crueldad a la crueldad misma.

Lo que más preocupadas tenía a las dos mujeres eran las relaciones que Mildred parecía sostener con Luis Webb, el mejor mozo del pueblo.

Un día, hallándose las dos hermanas entregadas a labores de aguja en la terraza de su casita, llegó al pie de ésta Mildred, acompañada de Luis, en un cabriolé.

Eufrasia ahogó un grito de sorpresa, al tiempo que doña Renata, chispeándole los ojos de furor, se aprestaba a recibir "como convenía al caso" a su hija.

Los jóvenes, ajenos a la desagradable realidad que acechaba, se despedían amorosamente.

—Hasta mañana, Mildred... Pero no; tengo que decirte algo... ¿Quieres ir conmigo esta noche al baile de Margarita Strong?

—¿Me invitas, Luis?... Por mí sí que iría... Se lo preguntaré a mamá... y ya veremos...

—Confío en que sabrás arrancarle su consentimiento.

—Por mí no quedará, Luis...

—Adiós, nena mía.

—Adiós, Luis.

Se separaron. Marchóse Luis con el cochecito, y Mildred volvióse a mirarle para decirle otra vez adiós con dulce expresión en la mirada.

Eufrasia, cual martillo, repiqueteaba en el cerebro de su despótica hermana:

—Ahí tienes los resultados del sistema empleado para educar a tus hijos; cuando menos lo pienses,

verás casada a Mildred con ese calavera.

Y doña Renata, predispuesta con doble motivo a regañar a Mildred, disparó a ésta a quemarropa el arma de su tiránica autoridad.

—¿Cuántas veces será menester que te diga que no quiero que salgas con ese sujeto?

—Pero, madre, es que...

—No hay pretexto que valga; romperás defini-



...Llegó al pie de la casa, Mildred, acompañada de Luis.

tivamente con ese hombre, porque yo te lo mando, y basta.

Callóse Mildred. Sabía que todo intento de rebelión sería perjudicial, y tuvo aún que pasar por la pena de oír a su tía apoyar a su madre:

¡Buenos son los militares para que nadie se fíe de ellos. Todavía me acuerdo de aquel sargento de ingenieros que me dejó con el ajnar a medio ha-

cer y del que supe después que era casado y con cinco hijos.

El recuerdo de la solterona era una alusión directa a Luis, que también era militar.

En tanto, Jaime Huckins, el cabeza de la familia, postergado por el orgullo de su esposa, se dirigía en tranvía del que pujaba un par de caballos, hacia su casa.

Don Jaime era un buen hombre, un alma de Dios que deseaba el bien de todos sus semejantes y se resignaba humildemente con su triste suerte de ser casi un extraño en su casa.

Las gentes de la localidad le apreciaban en lo que valía, y a nadie le negaba un consejo ni un favor, cuando el hacerlo dependía exclusivamente de él.

Se hallaba ya en el terreno de la vejez. Contaba algunos años más que su consorte; pero el trabajo y la falta de consideración a su calidad de jefe del hogar habían puesto canas y abatimiento a su edad.

Don Jaime llegó a su casa cuando su esposa sermoneaba aún a Mildred para que renunciase a volver a ver a Luis.

El padre oyó las reconvenções de doña Renata, y en su deseo de poner paz, intervino en la plática.

—¿Qué pasa? ¿Qué tenéis?

Doña Renata prosiguió cual si nadie hubiese hablado:

—Tú harás lo que yo quiera, que para eso soy tu madre; y has de olvidar a Luis aunque me cueste a mí la vida el conseguirlo.

Mildred no pudo reprimir unas lágrimas, y don Jaime se puso de su parte.

—Vamos, Renata, cálmate; Luis es un muchacho al que sólo le hace falta sentar el juicio, y eso ya irá viniendo con los años.

La madre miró al marido con soberbia, y replicó:

—Sí, ¿eh? Por eso será por lo que llega a su casa después de las diez casi todas las noches y, según dicen, anda por ahí en malos pasos.

—No hagas caso de lo que diga la gente, Renata.

—Eso es; defiéndele. ¡Parece mentira! La posición que ocupamos hoy en este pueblo no la debemos a nadie más que a mí, y Mildred hará lo que yo disponga.

La joven miró con ternura a su padre, y entristeciéndose al verle tan sumiso delante de la intransigente compañera. No tenía protección en nadie, porque su propio padre no tenía voto en los actos de la tirana. ¡Qué infortunio! ¿Se vería, pues, obligada a renunciar a Luis?

Pero si no fué de utilidad para Mildred la llegada de su padre, al menos provocó el final del sermón de doña Renata, que la emprendió con él, al desenvolver un paquetito de que era portador.

—¡Frasas! ¿A qué viene gastar en semejantes lujos?

Temeroso, como un chiquillo, de haber cometido una torpeza, don Jaime se disculpó tímidamente:

—Se me hizo la boca agua al verlas y las compré para postre de la cena de hoy.

—¡El señor se permite caprichos caros! ¡Qué despilfarro!... Toma, Eufrasia; guárdalas. Mañana tenemos un invitado a comer y nos vendrán muy bien.

La solterona se apoderó de la cajita que contenía la jugosa fruta, y mofándose de todos, fué a esconderlas probándolas a su antojo. ¡Ah, la víbora!

Don Jaime dejó hacer a su esposa, y entró en la casa, doblando inconscientemente, al dar un paso impreciso, la alfombra.

—Jaime, mira lo que has hecho—le objetó doña Renata—, Arregla esa alfombra.

Por el espíritu del hombre pasó la idea de defender sus fueros, pero, como otras veces, agachóse y cumplió el mandato.

Doña Renata, su hija y Eufrasia quedaron solas en la terraza, y a poco salió Eugenio de la casa. Este era el hijo del matrimonio, un par de años más joven que Mildred; el niño mimado de la madre, que abusaba de tal privilegio.

—No te vayas, hijo mío. Dentro de un momento vamos a comer—le dijo al comprender que se disponía a marcharse.

—Es que tengo prisa, mamá; he de asistir esta noche a una conferencia contra el alcoholismo y me pareció lo mejor comer con un amigo que me ha invitado. ¿comprendes?

Sonrió la madre enamorada de su vástago varón, sin atreverse a negarse a complacerle.

Y cuando Eugenio, encantado de su influencia sobre su madre, se hubo alejado de la casa, doña Renata, por cuyos ojos asomaba la satisfacción, dijo a Mildred, arrancándola de su abstracción:

—Debías tomar ejemplo de tu hermano Eugenio que es un muchacho modelo y sigue siempre mis consejos al pie de la letra.

Mildred suspiró con desaliento.

—¿A quién sino a ti se le ocurre pensar en Luis teniendo un pretendiente como Arturo Ryan?

Al oír ese nombre, acometió a la joven el impulso de decir a su madre que no podría amar a nadie más que a Luis, mas se abstuvo de hacer tan rotunda declaración, reconociendo que no estaba la noche para despertar los buenos sentimientos maternos.

Arturo Ryan, como obedeciendo al deseo de doña Renata, se disponía a visitar a Mildred, y lucía su garbo en el automóvil que acababa de adquirir para darse importancia entre la gente del pueblo, y que era el único que existía en la localidad.

Los provincianos se resistían a admitir ese invento satánico que ponía en quiebra el valor de los caballos de carne y hueso, y no hacían poca burla del presuntuoso Arturo.

Algunos protestaban de la fanfarronería de Arturo por envidia, y otros por haber sufrido desperfectos sus bicicletas al sufrir un encontronazo con el coche del inexperto conductor.

Pero Arturo era el yerno soñado en quien ponía doña Renata todas sus complacencias. Podía ser un infeliz; sin embargo, pertenecía a muy buena fami-

lia y era poseedor de bastante dinero, además del automóvil, que no era poca cosa en aquellos tiempos.

Los que más se metían con Arturo eran los chiquillos que, asombrados de ver andar el coche sin tronco que pujase de él, le seguían a todas partes, divirtiéndose en dirigirle alguna cuchufleta, únicamente por espíritu de contradicción.

—¡Que compre un caballo! ¡Que compre un caballo!

Tan pronto se detuvo el automóvil enfrente de la casita de los Huckins, doña Renata, humedeciéndose la garganta para que fluyesen por ella más dulces las palabras cuando tuviese que contestar al saludo de Arturo, indicó con el gesto a Mildred que se arreglase un poquito los adornos, para causar mejor impresión al pretendiente.

Arturo cuidó de que el nudo de su corbata no mereciera del conjunto, ¡vaya conjunto!, y subió a la terraza de los Huckins, inclinándose ante doña Renata que le recibía con la alegría en el rostro.

—Es usted muy atento al venir a visitarnos, Arturo. ¿Quiere pasar adentro?

—Gracias, señora. Con su permiso, tengo que decir algo a Mildred... Vengo a invitarla a usted, Mildred, a que me acompañe al baile que da esta noche Margarita Strong; la llevaré en el automóvil nuevo que es una delicia.

Doña Renata hizo una seña a su hija para que aceptase.

Pero Mildred, que recordaba la invitación de Luis, esquivó la de Arturo.

—Le agradezco mucho su delicadeza, pero...

Rápidamente doña Renata evitó que Mildred defraudase en sus esperanzas al rico pretendiente.

—Mildred es la criatura más tímida que pisa la tierra, Arturito; está loca por ir con usted y lo que pasa es que le da vergüenza decirselo.

El galán, algo ruboroso, cogió una mano de Mildred, y la acarició con pueril fruición, a la par que miraba sonriente a doña Renata, su hada buena.

Mildred apartó tan pronto le fué posible esa mano apresada por la de Arturo, y escuchó con oculta indignación lo que se proponía hacer aquella noche su impuesto pretendiente.

—Si no tiene usted inconveniente, doña Renata, al regresar de la fiesta, me sentaré con Mildred a la entrada de la casa para hacerle una pregunta de mucho interés.

Contestó afirmativamente la madre, mientras Eu-



El galán, algo ruboroso, cogió una mano de Mildred...

frasia recordaba melancólicamente sus amores truncados, y Arturo, sin prestar mucha atención a la tristeza de Mildred, separóse de las tres mujeres lleno de entusiasmo por su triunfo de conquistador.

Llegó la noche, y Arturo acompañó a Mildred al baile.

La muchacha se había decidido al fin a ir a la

fiesta con él, pues pensaba encontrar en ella a Luis. Y tenía fe en que, abusando de la necedad de Arturo, le sería fácil entrevistarse con el amado y pasar agradablemente la velada.

Al dirigirse Arturo al guardarropa, Mildred, que había visto a Luis en la terraza y le hiciera un signo para que fuera a esperarla en el jardín, bromeó con aquél, poniéndose su sombrero y preguntándole si la encontraba interesante con el mismo. Arturo, extrañado de la súbita franqueza de Mildred, sonrió con toda su alma, y dijo, animado:

—¿Sabe usted que la que se pone el sombrero de un hombre autoriza a éste para que la bese?

—Claro que lo sabía — contestó Mildred—. Ea, cierre usted los ojos, y cuente hasta diez, y verá lo que es bueno.

Obedeció con gran contento y curiosidad el galán, y al abrir los ojos al final de la cuenta se encontró solo. ¡La paloma había volado! ¿Dónde estaría?

Nada tan lejos de la suspicacia de Arturo que la sospecha de que Mildred se reunía con Luis en el jardín en una glorieta florida, para hacerse el amor sin trabas ni prejuicios.

El burlado pretendiente salió al jardín y por más que echó una mirada por todos los lados, no supo dar con Mildred, a pesar de que por un momento ésta creyó ser descubierta con Luis, pues Arturo pasó cerca de ellos bajo la enramada.

Entretanto, en su casa, don Jaime daba un salto hacía el ayer, tocando en el gramófono un bailable de una opereta frívola que le gustó tanto, que no la olvidaría en todos los días de su vida.

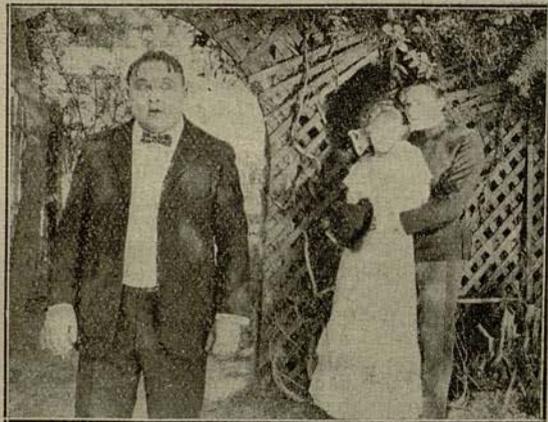
*Dime niña hermosa,
de qué tierra vienes
y si tu hermosura
par en ella tiene...*

cantaban las coristas. Y veía en imaginación un cuadro inundado de luz y alegría, y unas piernas que, ágiles y traviesas, se agitaban al compás del airoso *couplet*.

Aquella era la música alegre de la juventud; risa de mujer; canto de ilusión; quimera de alma enamorada.

Ese recuerdo de antaño fué como un injerto de vida en el abatido ánimo de don Jaime; y la música se apoderó de tal suerte de su alma-mecida en la gloria de los años mozos, que, insensiblemente, sus pies se movieron a la voz de la armonía...

Pero duró poco ese regreso a la felicidad... Doña



El burlado pretendiente salió al jardín y...

Renata, apareciendo en aquel momento en el salón, plantóse delante de su esposo, y censuróle su niñería.

—¡Aquí no estamos en un café cantante!

Y el gramófono cesó de poner una nota de color de rosa en el mustiado corazón de don Jaime.

—¡Bendito sea Dios que me ha permitido inculcar en mis hijos el amor a los verdaderos ideales

que embellecen la vida! — continuó doña Renata tratando desdeñosamente a su marido.

—No te enojés, Renata... Creí que no te molestaba que tocase el gramófono para divertirme un poco... Esta diversión es barata...

—Sí, ya sé... Tú tienes siempre excusa... pero has de saber una vez más que el gramófono sólo se



—¡Aquí no estamos en un café cantante!

toca cuando hay algún invitado... y según qué discos. ¿Tú crees que es conveniente tocar ese *couplet* y que nuestros hijos lo oigan? ¡Ah! Si no fuera por mí...

¡Qué error tan grande el de las madres que pretenden ejercer sobre sus hijos el mismo poder, el

temible respeto que corresponde a un padre! La madre que cometa esa insensatez, no consigue más que despertar en el corazón de sus hijos esa antipatía que sienten hacia el padre, porque es el que riñe, aquellos hijos que no pueden hacer su voluntad por la oposición del que manda en ellos y es brusco cuando ha de imponer la razón en los cerebros sin equilibrio; y cuya antipatía desaparece cuando la madre, con su ternura, ayuda al esposo a que sus hijos no se desvíen del buen camino.

Doña Renata era de esas madres insensatas, y no habían de escapar a las consecuencias sus dos hijos.

Eugenio no asistía a las frecuentes conferencias sobre el alcoholismo a que aludía cuando le convenía salir por la noche; sino que se iba a pasar el rato en los alegres *music-halls* de la ciudad, donde el arte era dudoso, aunque no pecaba de aburrido, pues el elenco artístico femenino tenía muchas cosas agradables...

Aquella noche, precisamente, Eugenio trabó conocimiento con una espectadora que le fascinó con sus miradas de fuego. El muchacho no sabía de las maldades del mundo, porque jamás recurrió a los consejos de su padre, y cayó cándidamente en la red que le tendió la desconocida, que era una pájara de cuenta.

—¿Vive usted cerca de aquí?—le preguntó ella.

—No muy lejos... señorita...

—¿No le gustaría acompañarme a mi casa?... ¡Ay! Se me escurrió la liga... ¿Quiere usted ponérmela?...

Eugenio enrojeció ante la tentación, y, vacilante, rodeó, temblando, con la liga, el extremo de la fina media de la peligrosa mujer, envidiando al muchacho un señor de barba y bigotes negros que se hablaba al otro lado de la "embaucadora"...

En el cenador del jardín de Margarita Strong, Mildred y Luis proseguían su idilio, hasta que éste lo interrumpió con una mala noticia:

—He pedido mi traslado a un regimiento de voluntarios.

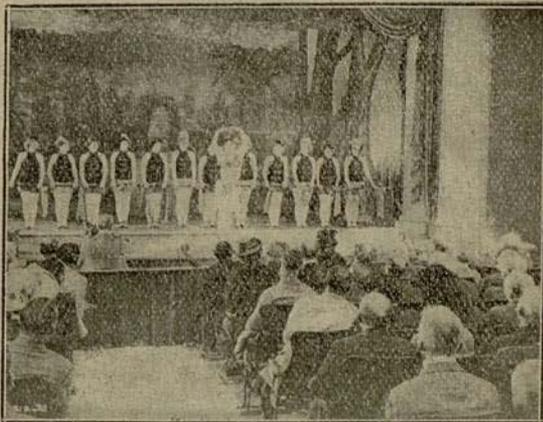
—¡Ay, Dios mío! ¿Y te tendrás que ir a la guerra?

—Sí, amor mío, pero, antes de marcharme, hablaré con tu padre para que nos dé su consentimiento para casarnos.

—¡Oh, Luis! Mucho me temo que mi madre no consienta de ninguna manera.

—Vamos a verlo en seguida.

Y Luis, tomando a Mildred en sus vigorosos bra-



...se iba a pasar el rato en los alegres *music-halls* de la ciudad...

zos, se presentó al poco rato ante los Huckins, radiante de alegría.

Doña Renata no volvía de su asombro; al contrario de don Jaime, que no se inmutó ante la simpática escena más que para sonreír para sus adentros.

—Don Jaime, deseo hablar con usted de algo

muy importante—dijo Luis, dirigiéndose al padre de Mildred.

Pero doña Renata se adelantó a contestar por su marido, temiendo a lo que iba el aborrecido pretendiente.

—Yo le contestaré a usted por mi marido.



Eugenio, enrojecido ante la tentación, y, vacilante, rodeó, temblando, con la liga...

Fué su respuesta tan seca, que Mildred, como obedeciendo a una oculta orden, se desprendió de los brazos de Luis. Y dijo éste, decidido:

—Mildred y yo queremos casarnos.

Duramente, doña Renata dió su opinión.

—No hace falta gastar tiempo y palabras en balde, señor Webb; nuestra contestación es un NO rotundo. Y ya que estamos en ello, le agradeceré que no vuelva a pisar mi casa.

—Señora... No comprendo su dureza conmigo... y a no intervenir en mi amor propio herido el cariño que siento por su hija, le aseguro que...

—¡Puede usted retirarse!



...se presentó al poco rato ante los Huckins, radiante de alegría.

—Prefiero marcharme, Mildred, porque...

—¡Oh, mamá!

No pudo terminar la frase. Sentía que el despecho le haría cometer un desatino, y salió presuroso a la calle, para calmarse. Mildred quiso seguirle, mas su madre la detuvo en el umbral de la puerta. Don Jaime crispaba instintivamente los puños... ¡Qué escarnio! ¡Qué vergüenza!

—¡Madre, dile que vuelva!—suplicó Mildred.

—¡Basta ya de tonterías! Son muchos los sacrificios que llevo hechos para educaros a ti y a tu hermano, y no voy a consentir que te cases con un perdido que no tiene ni tierra en que caerse muerto.

—Pero, madre, ¿no ve usted que yo le quiero con toda mi alma?

—Pues procura olvidarlo, porque lo que es con él no te casarás mientras yo viva.

Sollozó la desventurada, y fué a ocultar su inconsolable pena en su aposento.

Don Jaime, compadecido de Mildred, atreviése a discutir un poco, nada más que un poco, la severidad de doña Renata:

—¿No crees tú que eres demasiado severa, y aun injusta, con nuestra hija, Renata?

—Si hubiese más madres tan severas y tan injustas como yo, ten la seguridad de que no andaría la juventud tan perdida como anda.

Y don Jaime se mordió los labios, consumiéndose en la impotencia de cambiar el rudo aspecto de aquel ambiente...



Pese a lo que la rigorista y presuntuosa doña Renata creía de su sistema educativo, los resultados distaban mucho de ser lo que ella esperaba.

Eugenio, sin norte, había cometido la ligereza de creer buena a aquella mujer aventurera que conoció en el *music-hall*, y ahora se encontraba metido en un lío que ella le preparara para sonsacarle dinero.

El muchacho estaba desesperado. Mildred le sorprendió llorando en su cuarto, y trató de consolarle.

—Tú no puedes ayudarme, hermana... Acaso no sabrías tampoco comprender...

Don Jaime, que oyó los lamentos de su hijo al pasar cerca de su habitación, entró en ésta e inquirió la causa de aquéllos:

—¿Qué ocurre, hijo mío? ¿Se trata de algo grave y que yo deba saber?

Eugenio necesitaba descargar su conciencia en alguien, y lo hizo.

—Cuando salía por las noches no era para asistir a conferencias contra el alcoholismo ni nada semejante... Iba a divertirme... Conocí a una mujer... Pretende que, como yo soy demasiado joven para casarme con ella, para reparar el perjuicio que le he ocasionado, le pague dos mil pesos; si no, me amenaza con llevarme a los tribunales. Es una falsedad, padre, pero las apariencias están todas en contra mía.

Y cuando Eugenio, al igual que Mildred, esperaba la censura paterna, oyó una voz dulce y persuasiva que le decía:

—Vaya, hombre, no te desesperes. Has sido víctima de un engaño, y hemos de evitar el escándalo. Aquí estoy yo para buscar ese dinero sea como sea.

Don Jaime pronunció esas palabras con el convencimiento de que él ayudaría a su hijo aunque le costase la vida el hacerlo. Quería, con ello, demostrar a su familia lo que vale un padre, despertar en el corazón de sus hijos el cariño que la tiranía de la madre le había restado.

Eugenio, emocionado, se arrodilló ante su buen viejo, y dijo sinceramente:

—¡Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que es tener un padre como usted!

Mildred lloraba en silencio, y de los ojos de don Jaime escaparon también unas lágrimas...

Alguien espía a través del ojo de la cerradura del cuarto de Eugenio. Don Jaime descubrió esa cobarde vigilancia, y abriendo bruscamente la puerta, sorprendió a la solterona, que dijo habérsele perdido un alfiler; pero aquél, de una mirada enérgica le indicó que sabía lo que estaba haciendo allí.

Eugenio se tranquilizó fiando en la ayuda de su padre, y como Mildred no contaba con la ayuda de nadie, decidió defenderse a sí misma.

Por la noche se entrevistó con Luis, y le rogó

que tuviera fe en ella, pues le esperaba siempre.

Luis no admitía la demora de su boda, y colocó a su novia entre la espada y la pared.

—Sólo queda un camino: casarnos esta misma noche aunque ella no quiera.

—¡No, Luis, eso sería matar a mi madre!

—Tienes que resolverte, Mildred: o esta noche o nunca.

—Tal vez sea posible convencer a mi madre, Luis de mi alma. ¿Por qué no esperar a que tú regreses?

Luis comprendió que Mildred no se decidiría a dar el gran disgusto que suponía su boda con él a su madre, y con esa fiereza característica de los enamorados resentidos porque su pasión no lo avasalla todo, separóse de su amada para no verla más...

Y pasaron los días.

El asunto de Eugenio con la aventurera había quedado resuelto gracias a la intervención de don Jaime, sin que se enterara doña Renata.

Luis pensaba más que nunca en Mildred, y le había escrito varias cartas; pero la muchacha, a pesar de esperarlas con ansiedad, no sabía de él desde que partiera.

Eufrasia se encargaba de interceptar el correo del galán, por orden de su hermana. La última carta decía lo siguiente:

...Sin embargo, y a pesar de que no me has contestado ni una sola vez, te he escrito todas las noches. ¿Qué pasa, Mildred? ¿Será posible que me hayas olvidado tan pronto? A menos que reciba carta tuya, no volveré a escribirte.

Tuyo con toda el alma

Luis.

Y también fué suprimida esa carta.

—Es por su propio bien, Eufrasia—le dijo doña Renata a su hermana al entregarle el papel para que lo quemase. Y añadió: —Al fin lograré lo que quería; él no volverá a escribirle y Mildred no tardará en olvidarlo por completo.

Mildred; que había visto al cartero, preguntó a

su tía si había recibido carta para ella, y la solterona, obedeciendo cruelmente a su hermana, mintió una vez más.

Un día, los Huckins leyeron en un periódico la noticia siguiente:

UN REGIMIENTO DE VOLUNTARIOS SE EMBARCARÁ HOY PARA LA GUERRA

Un regimiento pasará por esta población que se dispone a hacer una grandiosa manifestación en honor de nuestros soldados.

Y a fin de quitar de la cabeza de Luis, definitivamente, la esperanza de desposarse con Mildred, doña Renata invitó a Arturo a presenciar, al lado de su hija, el desfile de los voluntarios, con la perversa intención de que Luis, al ver a su novia con el rival, tuviera bastante motivo para olvidar...

Los soldados eran objeto de calurosa ovación por parte de los habitantes del pueblo. Teodoro Roosevelt iba al frente de aquéllos.

Luis, enojado con Mildred, pues estaba persuadido de que ella le había olvidado siguiendo el consejo de su madre para casarse con Arturo, no miró a Mildred como la joven lo deseaba; y cuando le dirigió la vista a ella, lo hizo para demostrarle su desdén, volviéndole inmediatamente el rostro.

Mildred, desconcertada por aquella actitud de su amado, sintió desvanecerse todas sus ilusiones, y su madre, siempre ojo avizor, aprovechó la circunstancia para animar a Arturo a asediar la plaza.

Don Jaime no vivía con sosiego de un tiempo a aquella parte, y sufría las vejaciones de su esposa con más resignación, si cabe, que antes.

Aquella noche, doña Renata había invitado a cenar a Arturo, y hacia el término de la comida se oyó en la calle el vocer de los vendedores de periódicos que anunciaban a todos los ecos una noticia importantísima para los tranquilos provincianos.

—¡El desfalco del Banco! ¡Los detalles completos del robo de Jaime Huckins!

Doña Renata y su hermana se levantaron presas

del más inconcebible asombro, y clavaron sus miradas en don Jaime, que bajó la cabeza para no verlas.

Arturo siguió a doña Renata, y compraron un ejemplar del periódico.

Eugenio miró con espanto a su padre, y Mildred, comprendiendo también la tragedia, estrechó en silencio una mano del viejo.

Doña Renata regresó al poco, y leyó la noticia que publicaba el periódico. Decía así:

*DESFALCO DE DOS MIL DOLARES EN LA
SUCURSAL DEL BANCO*

La inesperada reorganización de la Sucursal del Banco Nacional, motivada por la guerra, ha puesto de manifiesto un desfalco de dos mil pesos del que se supone autor, al parecer con fundadas pruebas, al cajero Jaime Huckins, que llevaba treinta y cinco años en tal empleo.

—¿Es esto posible, Jaime?—le preguntó iracunda la esposa.

El culpable no contestó. No se arrepentía de su falta, pues con ella había salvado a su hijo de las insidias de una mujer falsa, y pudo demostrar que servía para algo cuando se trataba del bienestar de sus hijos. Ahora bien, el noble padre tenía la intención de economizar para reintegrar esa cantidad, pero las circunstancias se opusieron a su buen propósito. Su honor estaba por los suelos; pero estaba tan cansado de todo, que ya nada le importaba.

Doña Renata no cejó en su dura recriminación:

—Durante treinta años he vivido afanándome y sacrificándome por crearos a ti y a nuestros hijos la posición que hoy ocupáis, ¡y ahora arrojas sobre tu nombre la nota infamante de ladrón!

Don Jaime no trató de disculparse. A juzgar por las manifestaciones de su esposa, él no había contribuido en nada a la formación del hogar, cuando todo su peso lo soportaran siempre sus espaldas. Era un Don Nadie, mucho menos que su cuñada a la que también mantenía con su esfuerzo. ¿Qué

ocurriría? ¿Qué más daba? Al fin y al cabo, estaba resuelto a llevar a la práctica un proyecto que le bulla en la sangre.

Doña Renata rogó a Arturo que la acompañase, y salió con él, dirigiéndose al Banco.

Eufrasia, vislumbrando que en aquella casa ya no habría tranquilidad ni buenos alimentos sin el sueldo de su cuñado, que sería indudablemente despedido del Banco, preparó sus cosas para marcharse.

Padre e hijos quedaron solos en el comedor.

—¡Padre, usted hizo eso por mí!—exclamó Eugenio rompiendo a llorar con desespero de arrepentido.

Mildred, cariñosa, osó preguntar:

—No se lo llevarán a usted preso, ¿verdad que no, padre?

Don Jaime, en apariencia tranquilo, contestó quemamente:

—Será lo que Dios quiera, hija mía; después de todo, en la cárcel o aquí...

Eugenio hubo de alejarse de allí para que nadie le interrumpiese en el desbordamiento de una infinita congoja, y Mildred vió como su padre se marchaba al salón, y a poco inundaban el ambiente las notas de aquella opereta frívola que con tanta fruición recordaba el buen viejo. Se acercó a él, y como don Jaime hiciera además de suspender la música, para no molestar, ella, recopilando todo el escarnio que durante muchísimos años había sufrido sin protestar su amantísimo padre, sintió que su alma se rompía de dolor, y le dijo:

—No interrumpa su diversión por mí, padre mío.

Y el pobre hombre, recordando, recordando... suspiró:

—Desde hace muchos años, he deseado siempre ir algún día a la ciudad y ver representar eso en un teatro.

Mildred se fundía en una amargura jamás sentida, y asiendo a su padre por los brazos, le acercó a sí y le estrechó contra su pecho llena de cariño, después de depositar en su arrugado rostro un

beso húmedo de lágrimas, muy largo y muy profundo.

Emocionado, don Jaime correspondió a la prueba de cariño, y exclamó, muy alegre, mirándola con sus ojos velados:

—¡Cuánto hacía que no me besabas, Mildred! Desde que eras una chiquilla.

—¡Oh, padre! ¡Mi adorado padre!

—¡Bah! No te pongas triste, hija mía... Tal vez



—Será lo que Dios quiera, hija mía; después de todo, en la cárcel o aquí...

hubiera podido ser todo muy distinto, pero tu madre es muy dominante; quiso siempre que no hubiese más voluntad que la suya, y yo... cedí siempre, para evitar disgustos.

Doña Renata regresó en aquel momento con Arturo.

—Menos mal que pude arreglarlo todo... El jefe

de la sucursal convino en retirar la acusación— dijo a su marido—. Y agregó, sin que él hubiera dicho nada: —No es sólo a mí a quien debes estar agradecido, sino a tu futuro hijo político que tuvo la generosidad de dar los dos mil pesos para que no te procesaran.

Don Jaime dobló su pobre cabeza encanecida por las humillaciones, y Mildred, radiante de felicidad al saber que su padre no iría a la cárcel, acercóse a Arturo y sus bellos labios pronunciaron palabras de gratitud.

—Arturo, que Dios le pague a usted lo que ha hecho por nosotros.

—No piense más en ello, Mildred; ya volveré por aquí mañana y hablaremos — repuso Arturo, convencido de que Mildred no podría negarse ya a ser su esposa, importándole muy poco que hubiera tenido que obligarla a ella con su "generosidad"...

Marchóse el "desinteresado" pretendiente, y al quedar a solas los Huckins, doña Renata, sin intentar siquiera conocer las causas que obligaron a su esposo a cometer el desfalco, le dijo:

—Mañana volverás a tu empleo, y aquí no ha pasado nada.

Como otras veces, involuntariamente como siempre, don Jaime, al ir a retirarse a su habitación, dobló la alfombra, y para no hacer excepción a la regla, díjole doña Renata, con su acostumbrada seriedad:

—¡Arregla esa alfombra, Jaime!

El primer impulso del viejo fué agacharse y cumplir la orden, pero rebelóse, al fin, y la dejó tal como estaba, encaminándose luego, rápidamente a su cuarto, dando un empujón en la escalera, a su cuñada, que se disponía a marcharse.

El insospechado gesto de rebeldía del esposo dejó atónita a doña Renata, pero como su hermana se presentaba en aquel momento ante ella con su equipaje, no tuvo tiempo de pedirle una explicación, y preguntó a Eufrasia:

—¿Qué es eso? ¿Te vas?

La solterona, que se gozaba en la desavenencia de todos, desató su lengua de maldad:

—Sí, me voy, ¡no faltaba más! No quiero seguir viviendo en esta casa, porque tan criminal eres tú como tu marido, Renata.

—¿Yo criminal?

—Tanto y más si bien se mira. ¡No haberle entregado a Mildred ni una sola de las cartas que le ha escrito el pobre Luis!

Mildred no creía haber oído bien.

—¿Debía haberme ido de aquí desde hace ocho años, tal como lo pensé desde un principio!—prosiguió la solterona. Y sin decir más, ni despedirse de nadie, se marchó con viento fresco, como quien dice “Ahí queda eso”.

Mildred, a solas con su madre, le echó en cara su conducta:

—¿De modo que no era verdad que Luis me hubiese olvidado? Lo que pasó fué que usted se quedaba con las cartas, ¿verdad? ¡Madre, usted ha sido la ruina de esta casa; sí, usted, por querer imponer su voluntad en todo!

—Mildred, no hables así; lo único que he querido es veros a todos felices.

—Sí, felices... ¡bonita felicidad! ¡Me casaré con Luis aunque se oponga el mundo entero!

Oyóse una detonación. Partió del cuarto de don Jaime. Sus hijos y su esposa se precipitaron a ver lo que había ocurrido. ¡El humillado anciano acababa de matarse! La vida le era tan pesada, que decidió quitársela.

Entonces, la autoritaria mujer comprendió el error de toda su vida. ¡Pero era demasiado tarde!

* * *

Mildred de Ryan recordaba todo eso con infinita tristeza, a la que se acumuló el triste fin de Luis Webb. Conservaba en su arcón de reliquias un recorte de periódico que decía así:

MUERTO FRENTE AL ENEMIGO

Teniente Luis Webb, del 1.º de Caballería, Voluntarios.

Y había su retrato. Y a su lado, el de otro compañero también muerto como un héroe.

Arturo, el esposo de Mildred, convertido en un señor desde su casamiento con su pretendida, imitando para ello la distinción innata de ella, la sorprendió en la exhumación de aquellas tristezas, y sonrió, y dijo indiferente:

—Rompiendo retratos viejos, ¿eh, Mildred? ¡Qué cosas las de la vida! Tu madre creía que tú estabas loca por él.

Luego, Arturo sentóse en un mullido sillón, y ojeó el periódico de aquella noche, con esa tranquilidad del hombre que sabe que tiene la felicidad en su casa y que sólo está atento a su egoísmo.

Mildred ocultó una lágrima tributada a la memoria del desaparecido a quien amó con verdadera pasión, y suponiendo que Dorotea estaría llorando en su cuarto, como ella en otro tiempo, apresuróse a ir a su encuentro, y cuando la tuvo cerca, la atrajo contra su palpitante pecho, y besándola con entusiasmo le dijo:

—Mi único anhelo es que tú seas feliz, hija mía, y si quieres casarte con Roberto...

Dorotea vió brillar en los ojos de su madre dos gruesas perlas, y enjugándolas con sus labios musitó, apretándose con todas sus fuerzas contra ella:

—Yo sabía muy bien que al fin consentirías, mamá, y por eso... me casé con él.

Y Roberto apareció sonriente, celebrando que su “travesura” no diera lugar a incidentes.

Mildred, repuesta de la sorpresa que la decisión de Dorotea le había producido, abrazó a los jóvenes esposos, y por su mente pasó la imagen de Luis que pareció decirle:

—¡Cuán felices hubiéramos sido, mi adorada Mildred, si tú te hubieses casado conmigo cuando con tanta insistencia te lo pedí!

Pero... ¿no era ahora bastante para su propia dicha la dicha de su hija?

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

LA MUJER QUE ENCONTRÓ AMOR

Protagonista: la bella artista francesa GINETTE
MADDIE, junto con el gran actor
M. DE FERAUDY

Gran asunto
32 páginas

Novela de emoción
25 cénts.

Postal-fotografía-regalo:
AGNES AYRES

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España

Compre Vd. el soberbio

Número ALMANAQUE

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

con el que se regala un LUJOSO ÁLBUM
para coleccionar las postales del año 1925.

128 páginas - Varios argumentos de películas -
Numerosas fotografías - Portada a tricromía
— Retratos de artistas, etc., etc. —